

CUEVAS DEL DRACH EN PORTO CRISTO'

Al penetrar, sin clinal abajo, en este embudo de estratos dislocados, por el antro abierto en la caliza terciaria en cuyo mioceno superior el mar labró la caverna entera del Drach durante milenios, nos engullen las negras "profundidades", rumiando quedo viejos versos de Lycofronte: "atque illi quidem ripas conscendunt asperas, -- iheriferas juxta Tartessi portas". Ellos también navegan las costas ásperas que habitan iberos hasta el confin de los tartesios... La isla de la calma no fué así en otro tiempo: iban bien lejos sus marinos, los gimnetes del periplo de Rufó Festo Avieno. "Orae maritimas" y "Alexandra" en los labios-, derroteros de la odisea hispánica que debiera ser familiar a nuestro indiscutible potestad del mar Istino, nos sepultamos en la más hechicera de las simas del mundo, rumbo al lago Martel. Dólmenes, megaliwitos, navetes, talayots, peñas foradadas, olivos, molinos, calas ratyadas, quedan allá arriba con las "petites heredats y les heretats excelses, sus pagesos y ciudatáns, els scanamints y canavalls, la Beata, Blanquerna", colo fondo de mar y azul cielo de agua, raza y cosas, aún y para siempre, de los nautas que habitaran desde el confin de los tartesios orientales hasta la desembocadura del Júcar.

¿El alma mágica de Ramón Llull, viviría en esta caverna su vida de Fausti africano, como Arias Montano su ascética copta en la gruta de Aracena? Ahí en la cimbra del boquerón de entrada han debido cincelar el "Per me se va nella città" ... de la quimera, el enigma, y esculpir en la molasa blanquecina, de la terraza de Porto Cristo, sobre la que las aguas trabajaron la imponente cavidad, al Dante entre Virgilio y nuestro murciana Abenarabi. Esta España... Veinte milenios antes del cómputo cristiano, pintaban nuestros cazadores el techo de la gruta de Altamira, diluyendo ocre

y zumos en el suero sanguineo de la grasa animal. El portalón del Drach trae a la mirada interior la capilla Sixtina del arte de la época glacial. Como las dos cavernas han ocultado su maravilla tantos rosarios de siglos, ahí está intacta, bien guardado su prodigio, enjorado éste en sus dédalos hialinos. Si apenas conocieros los romanos, los árabes, los piratas mismos, algún rincón o trozo de estos noventa y seis asombros, entre la primera columna y plaza del reposo, quimificados y amplificados por la cuenta bruja de sílex e invisible perforadora de diamante del agua y la cal.

Y ésta es la primera admiración que del choque de las estalactitas y el ^{agua} se produce. ¡Cuánto tiempo! ¡Qué riqueza de tiempo!, cierto. Tiempo acumulado, como toda creación. Los biospeólogos suman: en la desnudez de las margas miocénicas, un metro de belleza supone el trabajo de diez mil años. Los estetas escriben que la belleza cuesta sangre; no es frase plateresca, sino bien exacta, afirmar que la sangre de toda obra es el "cronotopo" de Einstein; el tiempo. No lejos de la visión del lago negro, entre el Baño del Sultán y la Via Appia, cierta princesa hispana colocó hace cincuenta años, una moneda de cobre bajo un chorrillo de esta lluvia ahilada de lágrimas de escarxha; tres centímetros ~~wide~~ de espesor tiene hoy sobre ella la cal de la gota. Muchas de estas columnas, cuyo encanto es no ser podible encasillarlas en la arquitectura de cualquier época, son más altas y macizas que las de Giants, "hall" de las Carlsbad Caverna, en Nuevo Méjico.

Como ellas, parecen exactamente sequoias milenarias vivas, sobre cuyas ramas hubiera nevado. ¿Qué edad tienen? Si las rocas de uranio contienen tal cantidad de plomo; si los elementos radioactivos se desintegran, un Einstein puede asignar a nuestro mundo esta edad; justamente diez mil millones de años. Bos, des

3

pués de tres años de experiencias, ha encontrado ^{que} en la tierra pesa seis cuatrillones de kilogramos. Esta cifra es un seis seguido de veinticuatro ceros, y en nuestros días, como el cálculo einsteniano y todo juicio expresado en cantidades, nos habla al corazón más hondamente que la imaginación diocesana y mitología ingenua de los que bautizan estas estupendas cristalizaciones y antropomorfizan las tremendas diademas de la nueva encantadora. Los guías agitan los penachos de llamas de las antorchas o la lengua de fuego de acetileno, o fulguran bengalas, gritan el nombre de los lugares entre explosiones de magnesio y nos dicen que estamos en el piso de Noruega, el valle de los Penitentes, el laberinto de Ariadna, el pozo de los Vampiros, o frente a la puerta del Averno, el balcón de la Bella Durmiente o el lago de la gran duquesa de Toscana, cerca de una ventana de la pagoda, el sauce de Musset o la paleta de Fran Angelico, y hasta oímos que aquello que vemos se llama Ropas tendidas o Locura florida.

Se nos antoja que siempre que los hombres bajaron a los infiernos de sus religiones o subieron a ^{sus} los cielos o viajaron por las entrañas de la tierra, usaron imágenes idénticas. No las cambiamos: quien sabe si nos es posible todavía buscar otras relaciones. De desear sería. Ciertos sabios hallaron aquí una hormiga ciega. A pesar de la ~~vis~~ luz negra y de noctivisar de Baird, los rayos infrarrojos o cualquier otra manifestación de la materia radiante, si la Naturaleza no ha trabajado aquí a oscuras, para nuestros ojos como si todo estuviera en las tinieblas en los dos kilómetros de las cuevas. No hay finisidades que valgan; pero la observación parece encontrar que este trabajo no se hizo para ser contemplado por hombres como nosotros somos en la actualidad.

Todo este inexplicable y maravilloso amontonamiento creado en silencio y tinieblas, si tiene alguno, en un sentido oculto.

4

Y cuando aquí no hay espíritus o rarezas de éstas, es que no los hay en parte alguna del Universo. La gran bailarina Ruskaia danzó en los islotes de coral del lago grande; su cuerpo desnudo sobre las arborescencias y helechos de calcita no pudo vencer la terrible imposibilidad de este "Acuarium" abandonado, ni el ansia de sol que se siente a las pocas horas de estar enverrado en él. El alma de un hombre moderno no se resigna a soñar desmesuradamente, y ebrio de luz, no acierta a sospechar qué clase de pasiones blancas, en marfil pálido, que es la tonalidad espectral de todo aquí dentro, pudiera amalgamarse entre tan magníficas petrificaciones. Se suele decir que después del hombre del hombre, la Naturaleza ~~imaginaba~~ no ha vuelto a crear formas nuevas; siguiendo la broma antievolutiva, el que vivea esta caverna la tomaría por laboratorio en que esa Naturaleza imaginaba moldes de infinita inutilidad o audacia escalofriantea. Sitios hay en ella en los que la catedral dorada de Palma, parece haber sido trabajada tal como es, entera y arrancada de allí.

Convendría, para describir con alguna proximidad de apariencia este taller de todos los diablos, abandonar las imágenes semitas por las que nos entendemos y sustituirlas por semejanzas tomadas a las concepciones actusleas de las cosas. En realidad, si las maravillas cuajadas y grutescos están cercanos a parangon alguno, sin duda que no a las escenografías que habían de ser familiares a los personajes de mitos o cuentos orientales y óceánidas. Si algún acento tiene la cueva, es cósmico; su vida es la verdad de las cosas vista a través de nuestros hermosos instrumentos de luz y de medida, ¿a qué comparar los cortinajes y bambalinas de los festones y colgaduras del carbonato siní a las ondulaciones colgantes de las auroras boreales?

Y como eso, todo lo demás. Pronto iluminaron por los pro-

cedimientos de Edouard Vedoville estas cuevas del Drach; algún Granet o Expert de una Societé Lumiñor cualquiera dará a la caverna la que no tiene; luz. Y no habrá entonces en el mundo expresión teatral semejante, ni Abdey Theatre experimental que excite la fantasia como esta polyareda de nitrógeno helado, como esta música realizada, columnas de humo volcánico solidificado, líquenes de la prehistoria, la increíble floración de los cactus y candelabros de las zonas desiertas, cuyas matrices parecen conservar estas bolsas y rosetas de sales.

Pero en este inmenso sótano ciego, donde el admirador le padre Rodés ha podido leer en la curva de sus gráficas la oscilación rítmica, la pulsación de la corteza terrestre, sobre este Rago Martel, desde el que la plumilla de un registrador de nivel ha contado la historia de la cueva y los devaneos del mar y de la Luna con ella, el sentido ~~dinámico~~ del hombre encontró un delicioso truco, que a nosotros misos, viajeros del más misterioso de los mares, El Caribe, visitante de las cuevas de Mandeville en Jamaica, las de Ariguanabo en Cuba, nos deleitó con sutilidoma engaño. Dejan apagar las lámparas y de las sombras, que sólo aquí lo son de verdad, y sobre estas aguas que se orestan a todos los delirios panteistas, surgen sonidos y luces. Estas rayan de reflejos ~~en~~ ^{el} aguas ~~que se orestan a todos los~~ y descomponen sus haces en millones de todos los prismas posibles, dando valorea de ensueño a las grandes sombras, a los mantos violáceos o verdes, cuyos bordes platean aquellos dan voz al caos, y esa voz, que cuando es humana suena en la caverna como un quejido, como algo doliente, usurpador e ingrato, simpatiza instantáneamente con estas estalagnitas y flecos, y tubos de órgano,

Las navecillas que acercan música y luz, surcan sin ruido ni estela el profigido estanque pasmado, y durante un tiempo, que

desearía detener indefinidamente, os dáis cuenta de que sólo la música puede deshelar el ámbito tenebroso. No es posible soñar, no oyéndolo aquí, de qué modo tan dulce y hondo acordan armonio y caverna. El "Largo" de Haendel, así escuchado, se abre en su plenitud de plrgeria a todas lass vibraciones de las almas. ¡Oh!, cuán sugeridor y profundo sería oír sobre estas aguas la música incaica! ¡cómo soñanarían aquí los salmos andinos!... Y si la alegría de salir de esta tumba bien vale la entrada, después del truco en cantador salís imaginando que la caverna odeánida tal vez os quisiera decir algo..

Sobre la ruta de los misioneros de otrora.
POR LOS DESIERTOS DE SONORA EN EL ALTO MÉXICO

Es bastante difícil a un escritor de nuestros días, imprimir a qué juegos de peligros se expone durante un viaje, por arriesgado que parezca. Lo que siempre conviene es no sahumarlo mucho, pues en la raza es gerdsd todavía que donde hay un hombre hay otro hombre. Y sobre todas las cosas, lo que un viajeto español debe ver claro, es el viejo lema "Oportet audere semper", y obedecer el título primero del libro cuarto de la ley séptima de Indias, que ordena la descripción por días de lo que vieron. "Conviene atreverse siempre". Durante mi peregrinación por Valifornia y Tejas, dos cosas me maravillaron de veras: las Misiones y el desierto de Arizona. De aquéllas vi cuanto me fué posible, entre la primera establecida, la de San Diego de Alcalá, y la Misión Dolores, en San Francisco; un buen mordisco al mapa de América, pero que está al alcance de todos. Ya no lo está tanto el zarandeo de la visita a las veintiuna que restan de aquella labor hispana tremenda, y menos el conocer la más meridional de ellas, la de San Ignacio, en el camino traspeninsular de la Baja California, a buen rosario de leguas del famoso King's Highway, el Camino Real. Del desierto de Arizona, por la anexión de 1853, me interesaba la parte de Sonora, la mejicana, mucho más que el Navajo Country, Painted Dessert, el Blue canyon y cuantas maravillas encierran el Colorado y New Méjico, también arrancado a Méjico en 1847. Pero si el viaje por el Arizona estadounidense es un recreo continuo, sin otra fatiga que el exceso de comodidad, pues hasta nuestro divino idioma rige allí aún, asomarse al desierto de Sonora es volver a la época en que el padre Francisco Eusebio Kino o fray Junipero Serra, se adentraron misterio adelante, sin más guía ni viático que el breviario.

Y esa fué nuestra idea: imitar a estos hombres, si es que

eran hombres, y no dioses, aquellos españoles de entonces; claro está que "quitando hierro" a la hazaña, es decir, marchar sobre su ruta probable, economizando energía psíquica. De la otra clase de energía, de la física, hay que recurrir a Einstein, y como resulta que un hombre gasta durante toda su vida, por laboriosa que sea, un peso de energía equivalente a uno por sesenta mil de onza, no hay por qué asombrarse de la necesaria para recorrer el desierto de Sonora, ni temer tampoco que faltara. De miedo andábamos así: pero una de las cosas magníficas con que han contribuido los norteamericanos a quitar lo, después del invento del revólver, fué el establecimiento de las Indian Reservations; así es que los pericúes, apaches, navajos y pápagos que puedan existir, están a buen recaudo en los National Parks del "prehistoric Southwest". En cuanto a los indios yanquis o los gimielis, esos están muy abajo en Méjico. Muy allá... De nada se asombra uno tanto en América como de la realidad de las distancias. Estamos en Méjico; hemos venido desde Nogales, sobre la frontera, en un humilde automóvil, y aparte lo de caminar de noche por las torrenteras y deslaves del río Magdalena, lo que asuata es que, una vez dejadas las líneas férreas, se dá una perfecta cuenta de lo que es espacio libre ante los ojos.

Una vez en el pueblecito de Magdalena, adonde descendimos desde Nogales por un minúsculo "canyon" de torrenteras, ramblas, pedreras y barrizales, capaz de inspirar él solo un libro de aventuras francesas, se asombran los naturales de que hayamos escogido la dirección o rumbo más largos; pero al saber que deseamos seguir las huellas de los midioneros de otrora desde allí hasta... poco menos que San Diego sobre el Pacífico, puesto que vamos a Mejicali, se nos incendia el corazón en una llamarada de españolidad oyendo este comentario de estupefacción: "¡Estos españoles!.. "Lo que quieren decir y dicen que sólo siendo españoles se hacen ayer y hoy locuras. Pero,

¿qué diablo, ¿no eran así ellos? San Ignacio, Magdalena, Santa Ana: no cabe duda, sembradores de santos, de aquí de esta base partieron. Por Aquimuri, Pozo Verde y Sasabe, la entrada en los desiertos habría sido más breve, aunque más peligrosa; pero nosotros dimos tan a troz curva porque... somos españoles, ¡Oh, qué razón tan bella y tan... ..antigua! Cómo acaricia el alma, apenas iniciada la aventura, que la crean digna de aquellos locos. Y eso que ya no participamos en los ideales de aquel "Plan de las Indias" que ha reconstruido Joaquín Benzaude, portugués, hoy día, pero hijo moral de los días náuticos de Sagres, sino que deseamos saber tan sólo qué rara cosa era un viajecito de los que se hacían nuestros antepasados.

Y empeñamos a saberlo. Yo no he viajado por el desierto de Gobi, aunque, como dice nuestro pueblo, "todo se andará"; pero como acabo de recorrer "the painted desert Arizona", me figuro que será parecido a eso y a la inmensa cuenca arenosa del Turan, por el Turquestan. La lluvia se encarga de amenizar nuestros primeros pasos, que son las primeras docenas de leguas. Cauces y cauces de arroyos, perspectivas ilimitadas de serrezuelas y sierras gigantes, bosques de mezquites. Vamos hacia Altar. Una inmensa meseta de arena y árboles pobres, entre dos cadenas de montañas se lanza, desde una altura de mil trescientos metros, sabe Dios dónde; Dios y el padre Kino, que, viendo un precioso monte tumular en la lejanía--estas lejanías únicas en la Tierra, desleídas en flecos de luz boreal-, llamó Altar a lo que hoy es un pueblo encantador, cerca de un río que nos hace estremecer, tan azul como es, porque lo creemos el último de la tierra. Ilusionismos de caminar hacia un desierto, el miedo a que falte el agua. Y ese miedo no es una insensatez primeriza de explorador; los carros que pasan se encargan de acentuarlo, pues no creemos haya en el mundo carros como éstos, de tantos tiros de bestias y ruedas tan enormes, y que sólo transportan un tonel fantás-

tico.

A partir de Altar, los caracteres desérticos se modelan firmes, y la campiña hosca se precipita a hondonadas cubiertas de jarales y marañas; tierra blanda y polvorienta entre Rancho Ocena y Caborea. Unas nubes siniestramente negras nos encerrarán aquí, perseguidos desde Pitiquito, villorrio en el que morían los habitantes de una cosa extraña que llamaban "la mancha". En Caborea me creen loco; las autoridades mexicanas han destacado aquí policías, que pretenden disuadirnos del viaje, y no lográndolo, toman nuestro nombre en previsión de un informe macabro. Estas cuarenta y dos leguas de un paisaje arrebatador, de una salvaje severidad, serán siempre inolvidables. Los saquaros, que así llaman los indios a los cactus gigantes, se levantan a alturas increíbles, y desde este momento la vegetación es de una maravillosa continuidad de variedades del cacto, creosotas, órganos, candelabros, y de vegetaciones terreras espinosas de sorprendente rareza. Hoy, que los cactus están de moda y los cultivan en tiestos y arriates, las bellas quedarían mudas de estupor delante de estos bosques del cacto Carnegica, las chollas y candelabros de veinte metros de altura. Nada tan impresionante como es esta exótica visión de planetas lejanos, en tres escenarios superpuestos, a veces simultáneos, como para dar razón a los escenógrafos de Goy, bajo un cielo añil, con fondos de ~~altísimos montes~~ altísimos montes tallados. Facetas y losanges tremendas, y teñidos de vivísimos colores, en ~~bosques~~ bosques tremendos las colinas ondulan como verdaderas olas de tierra, ofreciendo tres cuadros; bosques de cactus imponentes, rígidos, que emergen como troncos rotos de pedregales de desolación; lomas tapizadas de plantas tales, de colores y formas tales, que sólo el fondo del mar y los sueños pueden ofrecer como algo semejante, y extensiones inacabables de cactus y yucas, que no parecen surgir de la arena, sino que fueron anegados por inundaciones y aludes de e-

lla. Sus escobajos, penachos, repulgos, púas o espinas, bolsas, rosetones, cogollos, palmerio, copas de peyote o jiculi, extienden ante la vista atónita fondos de mar desecados, ensueños selenitas, poliperros y corales de la aridez en floraciones casi espantosas.

Más cardones, varas, leguas y leguas sin un alma, sin agua; campamentos con fogata, escenas de "pioner" o prospector, ellas solas capaces de un libro y prodigioso cambio de ruta, no de rumbo, sino de crono. En el vasto desamparo de los nuevos paisajes acribillados de nopales, un olor fortísimo a belladona, perfumes denso de drogas. Vadeamos el río de los Tajitos; después San Luis, Quitovacas, Quitovaquitas, el rancho del Chinsco, con su gran laguna, y la meseta de San Gabriel. Desde ésta, como desde la meseta de Santa Ana, y a semejanza de un desdoblamiento de aquel panorama, otro de docenas de millas desplomándose a un nuevo desierto encajonado por ilusión de la distancia entre sierras que tienen nombre: Angostura, Nariz, Puerto de los Gusanos, Bajío, Sierra del Ajo.. Inútil un mapa; estos nombres no están allí. Los pueblos que si se parecen a algo conocido des a los de la Sierra y Mesa Verde, de ^{zona} Arión; a San Felipe, en Rio Grande; a los de Santa Fe, Taos y Acoma, no están situados bien en mapa alguno.

¿Mapas? Lo recorrido y lo que falta es en los mapas uno de esos blancos delicias de... los españoles de la gran época en el mismo "Méjico desconocido" de Carl Lumboltz, es tabla rasa. Sonicba, rancho de los indios pápagos, portería del gran infierno, en él, en el desierto, esta vez de bruces, sin transición.

Apenas dejados, con infinita melancolía. Los dos solos indios pápagos que hemos visto en la vida, centenarias estampas de raza, como caídas del cielo, he aquí las piedras chamuscadas, pedernales carbonizados por un sol de siglos. Estas piedras y los cardones que se atrevieron a vivir en lo imposible, son ya lo único que

distrae los ojos, que amenazan cerrarse cegados por la blancura de la arena y el ardor de los matices que en el horizonte plasman montes lunares, serrezuelas dentadas de tipo de infierno, las arenas quemán nuestros pies con un calor suave, parecido al de las cercanías de los ~~wowowows~~ cráteres; tomando esa arena en las manos, no es tal, sino a modo de un salvado o mies cernida. El aire interpuesto es una delicia... para los pintores. Durante ciento sesenta y cinco millas inglesas, sin otro encuentro vivo que el de un extraño vivero de alacranes, huesos calcinados de hombres y bestias, y dos o tres automóviles abandonados, recorreremos el desierto por donde peregrinaron los fundadores de las Misiones californianas. De los trabajos pasados en el viaje, ni pio; hay que ser digno de aquellos vidioneros. Del calor, solo diremos algo: que el del Mar Rojo es, comparado con éste, brisa marina. De los esqueletos hallados, que no es extraño, pues por burlar el paso de la frontera americana hay muchos infelices emigrantes que se arriesgan, y claro está, prefieren, porque este desierto, como los otros, taigas, tundras, punas y bosques dejados atrás, no se parece a nada de lo que pueda recorrerse en la tierra, en la soledad, engaño y mezcolanza. Las cresterías de las Tinajas, el boqueron de Yuma, la sierra del viejo Jara, de estas tres cosas, lo excepcional son esas cresterías, una especie de "monumental" Valley, como las formaciones que vimos en el país de los Navajos, pero extraordinariamente impresionantes, a modo de bocas de volcanes llenas de finísima arena; aquí y allá, túmulos y telones de galayos, que esta soledad y este silencio tornan visión de escalorío, Meseta de los Médanos y telón de magia; riberas del Colorado. La curva ~~w~~ o ~~g~~ráfica de la excursión hasta aquí, hasta San Luis del Colorado, bajo casi hasta Sierra Pinta, en el golfo de Califor-

ia, para subir a topar con la frontera de los Estados Unidos. Segui-
 mos por un paraiso de algodones hasta Mexicali, oasis de fertili-
 dad asombrada, robado al desierto, que implacablemente continua has-
 ta los salitrales y volcanes muertos de Cerro Prieto. Nuestra es-
 tancia en Mexicali y avance a Tijuana, bellisima y larga marcha
 ,no importa mucho ya. Lo que interesa o nos parece es que este
 indice escueto de ruta, probablemente una de las excursiones
 mas serias que puedan hacer los turistas del mundo actual, explo-
 radores de ayer mismo, sirva de rememoración al ánimo español, de
 recuerdo de hombres que tuvo y cuyos bustos pone hoy Norteaméri-
 ca en su capitolio de Washington. En cuanto a nosotros, la co-
 sa no vale la pena, no tiene mérito mayor. Con esos cactus
 impresionantes hacen hoy los yanquis unos riquisios "Carameris
 nuestros cactus Candy", y asi son , "carameris", nuestros esfuerzos
 comparados con los de aquellos hispanos, cuya alma de bronce
 sólo puede captarse siguiendo sus huellas durante centenares
 y centenares de kilómetros por sitios como los desiertos
 de Sonora.